

SINERGIA CENOBÍTICA

Retiro comunitario autopredicado en el cincuentenario fundacional de Nuestra Señora de los Ángeles, de Azul

1. Vocación y misión

Cuando entré en el monasterio, uno de los primeros textos que me hicieron leer fue la *Vida de san Antonio, abad*, junto con las *Colaciones* de Casiano. En ambas me quedó grabado el tema de la **llamada**, es decir, del primer instante de la **vocación**. Recuerdo que me sentía muy identificado con Antonio, asociado a su experiencia, pues al entrar en la Iglesia escuchó palabras evangélicas como dirigidas directamente a él. Luego fue Casiano quien expandió mi percepción sobre la vocación. Me hizo ver que, más allá de las *motivaciones que nos traen* al monasterio, lo importante está más bien en las *motivaciones* que uno tiene *para permanecer* en el monasterio, creciendo y dando frutos.

No es lo mismo el gusto que uno pueda tener por la vida monástica, que ser llamado por el Señor a vivir esta forma de vida cristiana. Y eso es lo que, a veces al principio y otras veces muy lentamente, se va manifestando en el proceso de discernimiento. La *vocación como gusto*, es más un esfuerzo personal, muy valorable, por supuesto, pero diverso a la *vocación como llamada*, en la que somos elegidos¹, llamados y capacitados para vivir de esta manera, haciendo de nosotros los objetos donde recae la misericordia divina, en forma de gracia vocacional.

A lo largo de tantas experiencias, hemos visto que quizás hay personas mucho mejor dotadas que nosotros para esta vida, pero el Señor no les pone su sello. En cambio, nosotros, pobres y miserables, o como dice

¹ Jn 15,16: *No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero. Rm 8,29-30: En efecto, a los que Dios conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el Primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó.*



Benito: *perezosos y negligentes*, vamos caminando, con nuestras caídas y elevaciones, detrás de Aquel que pronunció nuestro nombre, y que nos llamó a dar testimonio de Él, más allá de nosotros mismos, desde esta forma de vida cristiana.

Por eso, si alguien me preguntase cuál es la misión del monje benedictino cisterciense, le diría que nuestra misión es justamente *dejar que Él realice su voluntad en nosotros, colaborando con Él para que esto suceda*, y que su gracia dé frutos abundantes en nosotros para bien de la Iglesia. Por eso, estoy convencido de que Benito centra todo el discernimiento vocacional en ver si el candidato *realmente busca a Dios*, para comprobar si en todo lo que hace y vive *Dios es el tesoro de su corazón*².

2. Personalidades y comunidad

Al entrar, la comunidad tenía una fisonomía propia, formada por personalidades bastante definidas, y vocaciones bien probadas. El clima era de una comunidad orante y trabajadora, con sus límites y humanidades, pero sencilla, simple, sin muchas vueltas, y eso fue lo que me conquistó. Había honestidad en lo que se vivía. Eran humanos, sí, con limitaciones personales y comunitarias, sí, con posiciones contrarias, también, pero estaban convencidos de que el camino era este, **la vida comunitaria**. Azul tenía su personalidad, como la tenían cada uno de los que vivían en esta casa, y había un fuerte espíritu comunitario.

3. Sinergia monástica

Lo que a mí me parece que hacía atrayente la vida trapense en Pablo Acosta en aquel entonces, es el hecho de que cada uno ponía su esfuerzo, más o menos integrado, en el conjunto de la fundación. Además de las misiones personales, que las había, todos tenían una misión común, y todos se jugaban por esta misión compartida. Se podía ver en cada uno esa especie de fervor/hervor, en medio de muchas diferencias, que los impulsaba a vivir para un fin, para una causa, más allá de la visión personal: *la implantación de la vida monástica trapense en la Argentina, la primera comunidad trapense en América latina*.

² Mt 6,21: *Allí donde esté tu tesoro, estará también tu corazón*. Mt 13,44: *El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en un campo; un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y lleno de alegría, vende todo lo que posee y compra el campo*.

Por eso, me parece que, así como hay una *sinergia divina*³, en donde las tres personas de la Trinidad colaboran esencialmente unas con otras (*el Padre y yo somos uno en el Espíritu*⁴), y como hay una *sinergia del hombre individual con Dios*, esa mutua colaboración cuyo efecto es mayor que la suma de los efectos individuales, del mismo modo hay también una *sinergia cenobítica*, por medio de la cual un grupo de hombres se ponen al servicio de Dios.

Lo dije en la última reunión que tuvimos, nuestra causa común es la causa de Dios, quien envió al Verbo al mundo para revelarse como amor. Por eso, Jesucristo es el sacramento Fontal, del cual derivan todos los otros signos sensibles y eficaces de la gracia. Y nosotros somos y estamos **llamados a ser comunitariamente una presencia significativa de Jesucristo**. Signos sensibles y eficaces de Jesucristo, es decir, otros cristos. Pero, ¿cómo?

4. Cenobitas

Me han escuchado repetir últimamente que Benito legisla para **cenobitas**⁵, y es lo que somos, personas que tiene la *vida en común*. Pero esto se puede entender al menos de dos maneras:

1. Que lo compartimos todo, es decir, que ponemos todo en común, como los apóstoles.
2. o también que tenemos en común la misma fuente de la Vida, Jesucristo, la luz del mundo.

Los dos sentidos no se anulan, se suman para definir lo que nosotros somos: *somos los que bebemos de la misma fuente de VIDA, y por eso lo ponemos absolutamente todo en común*.

Reformulemos, entonces, la pregunta: ¿cuál es –como cenobitas del siglo XXI– nuestra misión común, así como la tenían los hermanos fundadores en el siglo pasado?

³Sinergia. (Del gr. synergía, cooperación). Acción de dos o más causas cuyo efecto es superior a la suma de los efectos individuales. *Biol.* Concurso activo y concertado de varios órganos para realizar una función.

⁴Jn 10,30.

⁵Cenobio (lat. *coenobium*, y del gr. koinóbion, vida en común). Monasterio. Cenobita. (Del lat. *coenobita*). Persona que profesa la vida monástica vivida en común.

5. Cuerpo de Cristo

Aparecida decía que todos los cristianos somos llamados a ser **discípulos y misioneros**, y nos enseñaba que *no se puede ser misionero si primero no se es discípulo*. “El ser antes que el hacer”, como tantas veces nos ha repetido el magisterio de la Iglesia. Por eso Benito⁶, al delinear el perfil del monje, dirá en *RB 72* que monje es el que **no antepone nada a Cristo**. Nuestra misión personal y comunitaria general, por el simple hecho de ser monjes cristianos, es no preferir nada a Cristo, a su amor, viviendo de él, por él, con él y para él.

Pero, ¿y la misión comunitaria específica, cuál es? La misión para los monjes trapenses del siglo XXI, ante un mundo fragmentado, dividido, donde impera el “sálvese quien pueda”, ¿cuál es? La misión de los monjes de Azul, después de cincuenta años de fundación, ¿cuál es?

5.1. San Pablo

Con la *ayuda de y en homenaje a* san Pablo, voy a tratar de contestar.

Nosotros no nos pertenecemos, lo dicen san Pablo y san Benito⁷. Hemos sido comprados, y ¡a qué precio!⁸; pertenecemos a Cristo, que murió y resucitó para que demos frutos para Dios⁹. Todos somos/formamos el Cuerpo de Cristo, y cada uno de manera individual, somos miembros de ese Cuerpo¹⁰, pero no sólo de forma individual, sino también como conjunto, como comunidad, como sucede con un cuerpo, que a pesar de tener muchos miembros, sin embargo es uno¹¹.

¿Hay alguien que no cuide su cuerpo¹²? Por eso, así como Cristo cabeza cuida a su Esposa/a su Cuerpo que es la Iglesia, también nosotros tenemos que cuidarnos los unos a los otros. Si somos miembros los unos

⁶ *RB 72,11.*

⁷ *RB 58,25: ya que sabe que desde aquel día no ha de tener dominio ni siquiera sobre su propio cuerpo.*

⁸ *1 Co 6,20.*

⁹ *Rm 7,4.*

¹⁰ *1 Co 12,27.*

¹¹ *1 Co 12,12.*

¹² *Ef 5,29.*

de los otros¹³, esto se tiene que notar, se tiene que ver. No solamente cuando celebramos la eucaristía, en la cual estamos unidos por comulgar con el cuerpo y la sangre de Cristo¹⁴, haciendo evidente la fuente de nuestra unión, sino también en la vida de todos los días, en los acontecimientos más ordinarios y escondidos.

Nuestra misión es la de dar testimonio de que Cristo es el Señor, no solo celebrando la eucaristía, sino también transformando la vida en una común celebración de acción de gracias, en una ofrenda permanente¹⁵. Que para eso Jesús ordenó a los santos para la obra del ministerio, en orden a la edificación de su cuerpo, que es la Iglesia/la comunidad, para que lleguemos a la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto y a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo¹⁶, a *amar como él nos ha amado*¹⁷.

Magisterio

Aquí hay una faceta importante de nuestra vida testimonial o de nuestra presencia significativa ante el mundo que nos rodea: *ser testigos con nuestro mutuo amor de que Jesucristo es el Señor*. La verdad es que éste es un tema fundamental para mí, que me convertí de grande, y tuve la experiencia de lo inhumano que puede ser el mundo, la sociedad y la cultura. Y siempre he creído que los consagrados tenemos en esto una misión. Los documentos dirigidos a la vida consagrada me han dado la razón, me he sentido confirmado en que este es el camino.

La Exhortación Apostólica post-sinodal de S. S. Juan Pablo II, *Vita Consecrata* (25 de marzo de 1996) y los últimos documentos de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, nos van indicando este camino. *Vida fraterna en comunidad* (2 de febrero de 1994), que vimos hace algunos años atrás; *Caminar desde Cristo* (19 de mayo de 2002) y *El Servicio de la Autoridad y la Obediencia* (11 de mayo de 2008), tienen todos un estilo más espiritual

¹³ Rm 12,5.

¹⁴ 1 Co 10,16.

¹⁵ Plegaria eucarística 3.

¹⁶ Ef4,12-13.

¹⁷ Jn 13,34: *Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros.*

que legal, y nos invitan con un mensaje común: *dar testimonio ante el mundo de que Jesucristo es el Señor, por medio del mutuo amor.*

Sólo voy a citar un par de textos del documento sobre el *Servicio de la autoridad y la obediencia*. En el comienzo de la segunda parte¹⁸, parafraseando la cita de san Juan¹⁹: *Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros*, dice:

“La construcción de comunidades fraternas constituye uno de los compromisos fundamentales de la vida consagrada; a ello están llamados a dedicarse los miembros de la comunidad, movidos por el mismo amor que el Señor ha derramado en sus corazones. Porque, en efecto, **la vida fraterna en comunidad es un elemento constitutivo de la vida religiosa y signo elocuente de los efectos humanizadores de la presencia del Reino de Dios**”.

No se dan, ni se pueden dar comunidades cristianas significativas sin que exista entre sus miembros amor fraterno, un amor fraterno —no me cansaré de repetirlo— que sea afectivo y efectivo, responsable y solidario, humilde y servicial, exigente y misericordioso. Por eso el documento utiliza una cita de san Bernardo²⁰, dirigida a su novicio convertido en Papa, que nos puede ayudar para entender:

“Mira si has progresado en virtud, sabiduría, conocimiento y en moderación de costumbres (...), si eres más insolente o más humilde; más afable o más áspero; más asequible o más inexorable (...); más temeroso de Dios o más confiado de lo conveniente”.

De aquí, concluye el documento con una frase en la cual se sintetiza todo el mensaje, y unifica lo que parece diverso: la vocación y la misión.

“El esfuerzo por formar comunidades fraternas no es sólo preparación para la misión, sino parte integrante de ella, desde el momento que **la comunión fraterna en cuanto tal es ya apostolado**”²¹.

¹⁸ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, 16.

¹⁹ Jn 13,34.

²⁰ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, 21.

²¹ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, 22.

Esta frase vale oro, y podría ser el programa para la vida monástica del siglo XXI, no sólo en Azul.

Benito y los mártires de Argelia

Por su parte, san Benito hace también su aporte, en la línea del *Prólogo*, con el cual constituye una especie de inclusión, presentando en el Capítulo 72 un nuevo itinerario²² para ir hacia Dios, que De Vogüé considera como la obra maestra de Benito. El celo bueno, que aleja de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna, es el camino para ir a Dios:

“..Esto es, anticipense a honrarse unos a otros; sopórtense con la mayor paciencia sus debilidades, tanto físicas como morales; obedézcanse a porfía; nadie busque lo que es útil para sí, sino más bien el bien común; practiquen desinteresadamente la caridad fraterna; teman a Dios con amor; amen a su abad con amor sincero y humilde; no antepongan absolutamente nada a Cristo, **el cual nos lleve a todos juntos a la vida eterna**”.

La *Regla* de san Benito es una regla para cenobitas, y este capítulo tiene una impronta netamente comunitaria, superando cualquier ascetismo personal. Detrás está presente la respuesta de Jesús atestiguada por los sinópticos sobre cuál es el mandamiento más grande²³. Juan²⁴ lo dirá de otra manera: *el que dice: «Amo a Dios», y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve? Este es el mandamiento que hemos recibido de él: el que ama a Dios debe amar también a su hermano.*

Toda la vida comunitaria tiene por fin que se manifieste este amor, que es uno solo, para que la comunidad llegue a ser un solo corazón y una sola cosa en el Señor Jesús. Por eso, Benito concluye el capítulo

²² El primer itinerario es el del *Prólogo* 2, donde la *obediencia* marca el camino de regreso al Padre, teniendo como modelo a Cristo. Aquí (72,12) será el *celo bueno*.

²³ Mt 22,36-40: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley?”. Jesús le respondió: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas”; Cf. también Mc 12,30-21; Lc 10,27.

²⁴ 1 Jn 4,20-21.

lo 72²⁵ con esta frase: “**el cual nos lleve a todos juntos a la vida eterna**”.

Naturalmente, no todos podemos ni tampoco estamos llamados a morir como los hermanos de Atlas, juntos. Notemos que ese *juntos* hace también referencia a una unidad de corazón que trasciende lo material de esta vida, no anulándolo, sino superándolo. Ese *todos juntos* es expresión de aquellos que –por el Espíritu latiendo en sus corazones– tienen un solo corazón y una sola alma, y cuya unión trasciende este mundo y perdura en la vida eterna.

6. Conclusión

En un mundo económicamente globalizado, denigrantemente “igualizado”, secularizado y antropocéntrico, y politizado al extremo de ser casi ridículo, los monjes cristianos estamos llamados a ser **profetas del primado de Dios**. Aunque nuestra misión no puede ser puro marketing, no puede ser solo propaganda, debe ser comunicación existencial de la propia experiencia, la propia liberación²⁶.

Una misión que alcanza su punto más luminoso, su vértice, en el martirio (testimonio) del amor fraterno. Aquí es donde *vocación y misión* no son ya dos realidades diversas, sino una sola cosa, al igual que *discípulo y misionero* o también ser *llamado y enviado*. La iglesia es la comunidad de los convocados, de los llamados por el amor y para el amor, y la comunidad monástica es una iglesia particular que manifiesta a la Iglesia universal. Como comunidad cristiana tenemos una misión insoslayable: **dar testimonio con nuestra vida fraterna en la caridad de que Jesucristo es el Señor**.

*Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros. En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros*²⁷.

Monasterio Nuestra Sra. de los Ángeles
C. C. 34 – B7300WAA Azul
ARGENTINA

²⁵ RB 72,12.

²⁶ CIC, Compendio 150, 173.

²⁷ Jn 13,35.